ILDEFONSO PEREDA VALDES

42

AVENTURAS DE PERICO MAJADA

OBRAS DEL AUTOR

POESIAS

"La casa iluminada". Montevideo. 1920.
"El libro de la Colegiala". Montevideo. 1921.
"La guitarra de los negros". Buenos Aires. 1926.
"Cinq Poemes negres". Ed. "La Cruz del Sur". Montevideo. 1927.
"Antología de la Moderna Poesía Uruguaya". "El Ateneo". Buenos Aires. 1927.
"Raza Negra". Montevideo. 1929.
"Romancero de Simón Bolívar". Montevideo. 1931.
"Música y Acero". Montevideo. 1934.
"Antología de la Poesía Negra Americana". Ed. Ercilla. Santiago de Chile. 1936.
"Cancionero de la Guerra Civil Española". Claudio García, Editor. Montevideo. 1937.

ENSAYOS

"El Arquero". Montevideo. 1924.

CUENTOS

"El sueño de Chaplín". Montevideo. 1930.

ESTUDIOS DE LITERATURA ESPAÑOLA

"El pícaro y la novela picaresca en España y América". Ed. Medina. Montevideo. 1951.
"Cervantinas". Montevideo. 1952.

ESTUDIOS DE ETNOGRAFIA Y FOLKLORE

"Cancionero Popular Uruguayo". Ed. Florensa y Lafón. Montevideo. 1947.
"El negro rioplatense y otros ensayos". Ed. Claudio García.
"Negros esclavos y negros libres". Ed. Oficial del Ministerio de Instrucción Pública. Montevideo. 1941.
"Línea de Color". El negro americano. Editorial Ercilla. Santiago de Chile. 1938.
"Medicina Popular y Folklore Mágico del Uruguay". Ed. Laboratorio Galien. Montevideo. 1953.
"El Rancho y otros ensayos de Etnografía y Folklore". Librería Anticuaria. Editores. Montevideo. 1957.

PROXIMO A APARECER:

"Calendario Lírico". Antología. San Pablo. Brasil.
"El negro uruguayo". Pasado y presente.

ILDEFONSO PEREDA VALDES

AVENTURAS DE PERICO MAJADA

(RELATO PICARESCO)

Viñeta de Luis Mazzey

MONTEVIDEO
1962

BIBLIOTECA CENTRAL - MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA - MONTEVIDEO - CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

I

Perico Majada, pequeño de estatura, perspicaz y quisquillosamente inquieto, retobado en su hechura de medio jarro, era la esencia de su raza, el más inteligente, el único que sabía leer de su numerosa familia y hasta diestro para escribir una carta con faltas de ortografía. Lindo varón, eso sí, a pesar de su escaso formato.

La estirpe familiar de Perico era nacida y criada en el mismo pago, conocidos y conocedores de todo el vecindario, afincados en los mismos campos desde mucho tiempo atrás, extensas tierras propias, hoy reducidas a escasas melgas. La antigua estancia acabó en modesta chacrita y la casa solariega —sic transit gloria mundi—, semejaba una tapera.

Las tierras fértiles y pródigas, si no se cuidan con cariño, llegan a ser con el tiempo mustias heredades, negándose a producir por falta de amor; y la maciega va cubriendo los campos como el musgo las paredes.

Todos en la familia fueron negligentes y haraganes; sólo pensaban en chinas, guitarras y jugarretas. Ya no araban la tierra, ni criaban ganado; toda la herencia la derrocharon en disipadas ausencias. Unos marcharon al Brasil, otros a Melo, o se agregaron a cualquier estancia, como el clavel del aire a los troncos, allí donde les ofrecieran una pequeña parcela para levantar un rancho de terrón o de palo a pique.

Las hermanas de Perico, lindas, graciosas y querendonas, eran tres y no se podía decir de ellas que, como las

46989 E2.

hijas de Elena, de las tres ninguna era buena. Dos se casaron "por el Civil". Sólo una se arrimó —por detrás de la ley— a un vecino trabajador y casero.

Perico era el primogénito y, al nacer, llenó de ilusiones a su madre que lo imaginó el horcón del medio de la familia, el puntal de la raza, el salvador de la estirpe. Perico era alegre y dicharachero, dispuesto siempre a salir en las noches de luna o sin luna (las sin luna eran más propicias a sus correrías rateras) a recorrer caminos y senderos.

Nunca regresaba al rancho paterno sin alguna vitualla con qué parar la olla. La buena señora bien lo sabía. Perico tenía una suerte bárbara en el juego de la taba: nunca echaba "culo". En las sortijas era el primero en ensartar la argolla. Y no hablemos como payador: nadie le pisaba el poncho.

El padre de Perico, mascando siempre, pues hasta cuando dormía tragaba algo, se complacía en decir:

—M'ijo Perico salió todito a mi estampa, es igualito a su tata.

A la madre de nuestro héroe no le agradaba mucho la comparación, y le contestaba cuando discutían sobre temas domésticos a su señor marido y sin el respeto debido, que cuando la conoció ella era toda una señora, dueña de dos yuntas de bueyes, de un carro nuevo, un rancho de primera y un campito regular. El era, en cambio, un pobretón. ¿No había vivido acaso de agregado en la estancia de "Los Cascos"? Ella era una moza trabajadora, hasta decir basta, para cortar chilcas, carpir boniatos, plantar maíz y cosechar cosechaba siempre ella. Era mozota cuando lo conoció y se enamoró a primera vista de aquel gaucho guitarrero y de fama corrida entre las muchachas por lo buen mozo y audaz que era.

Estaba de paso en la estancia, y después de la yerra, se fue a rasguear la guitarra en los galpones y rancheríos cercanos donde se payaba, bailaba o jugaba.

Olvidaba que la guapa mujer le había remendado durante treinta y cinco años las bombachas, el poncho, los tra-

pos inservibles, la ropa de los hijos y enderezaba como podía una colcha o una frazada y aún en la época de preñez ordeñaba la única vaca que tenían. Olvidaba también el "señor feudal" que ella plantaba la reducida chacra hasta que sus fuerzas aguantaran. Y al poco tiempo de los nueve meses, cuando el recién nacido no balbuceaba ni las primeras palabras, y apenas decía: tata, otro hijo, y después otro, hasta sumar siete con los que se murieron, y menos mal que se mezclaron los sexos, si no, la gente andaría murmurando que de su rebaño humano el séptimo era lobizón, y en caso de ser toditas mujeres, bruja, de juro.

Don Serapio tenía fama bien ganada de ser comilón. Por sus excesos digestivos le acomodaron el mote de "Tres Buches", y ahí no más le quedó, como a su hijo predilecto, el apelativo Majada, por pegársele a las uñas los vellones de las majadas ajenas. Y todo por la costumbre de destapar las ollas de las cocinas vecinales y convidarse por su cuenta al almuerzo, cayendo a la hora exacta de las refecciones. Y así, de casa en casa y de tapera en galpón, comía tres o cuatro veces al día. Se decía, no sin cierta malicia, que cuando algún vecino lo veía venir por el camino, escondía la olla, o la escudillaba rápidamente. Si en la olla sólo hervían unos perdidos boniatos, él no desperdiciaba la ocasión y se invitaba solo.

Después se iba a tranco largo atravesando campo. Sólo así se apuraba para llegar a tiempo a otro rancho donde, de seguro, lo invitarían y, si no lo invitaban, él se quedaba hasta la hora de comer para forzar la invitación. Algunos vecinos llegaron a tenerle lástima, pensando que ni para almorzar tenía fondos; conjetura falsa. Todo él era un glotón perfecto, ya que estas incursiones por ollas ajenas las hacía después de comer regularmente bien en su casa con las vituallas que Perico, buen perdiguero de la mesa propia, hiciera a base de pollos y huevos recogidos en los cercados vecinales.

Un día Perico apareció en el rancho con una bolsa de boniatos, que había encontrado en el camino, según decía él. Ese día, ¡qué hartazgo de boniatos! ¡Qué activo era el pri-

46999 E2.

mogénito de la familia! ¡Gracias a su pericia, todos comían! ¡No había nadie como Perico en todo el pago! ¡Qué orgulloso se sentía Don Serapio, y qué indignado cuando un sargento lo abordó en el camino para decirle que el hombre que salió ayer con Perico era un conocido ladrón!

—¡Qué se habrá creído!, pensó don Serapio, este sargento lenguaraz, que mi hijo anda en malas juntas. Pero si es igualito a su tata, repetía Don Serapio, satisfecho con el heredero, e indignado con el mal intencionado policía.

El rancho de Don Serapio era quebrado de un lado. El horcón del medio ya no resistía el peso de la paja brava algo podrida por el uso del tiempo, de tanta lluvia que cayera con pesado ruido de cascada. Tenía la forma de una perdiz echada, y era marrón y amarillento; la paja puntiaguda cortaba como facón y en toda la vivienda no había más que tres piezas: la del matrimonio con una cama rústica con su colcha pespuntada, santuario donde habían nacido todos los hijos; el cuarto de Perico con un catre de tijera y una mesa de luz por todo mobiliario, y el cuarto de las muchachas. El catre de Perico se decoraba pobremente con un pelego rabón, pero escondidos, debajo de la cama, se amontonaban numerosos cueros de ovejas, de toda una majada que poco a poco fue desollando para vender la carne y luego los cueros, habilidad que le valió el apodo de Perico Majada.

II

Cierta vez Perico llegó a la pulpería de los "Tres Boliches", donde se encontró con un amigo de la infancia. La pulpería estaba situada en un atajo del camino. Desde lejos se la divisaba por una isleta de árboles verdinegros, escasísimo ornamento en el campo uruguayo. Tres casas iguales, de material sólido y fornido, formaban un triángulo perfecto; de ahí el nombre de pulpería de "Los Tres Boliches".

—¿De dónde vienes? ¡Tanto tiempo sin verte!, —preguntó Perico, después de los saludos de estilo—. ¿Andás, acaso, contrabandeando?

—Sí viejo, —le contestó el amigo—, pero tengo ganas de abandonar este trabajo. La policía persigue mucho, y no estoy dispuestos que la milicada convierta mi cuero en colador. Tengo uno solo y hay que cuidarlo...

—¡Siempre fuiste prudente, mulato!

—¡Hay que cuidar el pellejo!

—¿Te acordás de aquella esquila en lo de Don Patricio? ¡Qué farra en los ranchos; y aquella broma que le dí al Capincho, y se me retobó ¡A mí, retobárseme! Mirarlo y voltearlo fue todo uno. Después se amansó, el indio. ¡Conmigo no se puede!

—¿Qué tomás, Perico?, pedí nomás que yo pago.

Y Perico acarició el bolsillo, que nada tenía, con uno de esos falsos gestos de comedido, que siempre llega tarde.

—No, Perico, pago yo, no faltaba más.

BIBLIOTECA CENTRAL · MONTEVIDEO · CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

El amigo sacó un fajo de papeles del cinto ancho e hinchado que Perico codició inmediatamente.

—¡Qué linda faja de bayeta!

—Sí, Perico, las venden en lo de Ramos, no son caras. Me salió veinte pesos.

—¡Por el apero se ve que andás forrado!

—Y..., cosas de la vida. Sabrás que pude pasar una pipa y la coloqué muy bien en el Club de Melo para un rico comerciante. ¡El contrabando es peligroso, pero es lucrativo!

—¿Siempre trabajás con el Chato Flores?

—El Chato Flores está amolado. Se le acusa de la muerte de un milico. Le quitaron el carro y lo arrinconaron por un tiempo a la sombra. Tiene hijos y una mujercita bastante buena moza. Yo anduve por el pueblo y le dí unos pesos. ¡Qué le vas a hacer! ¡Yo no puedo ver miseria! —Y el contrabandista se atusaba los bigotes, acariciando satisfecho sus palabras con el gesto.

Entre caña y caña, Perico se entera de la buena suerte de su amigo. Entonces toma una determinación. Será contrabandista.

Desde ese día Majada se dedicó al contrabando en forma lucrativa; como para que en su rancho no faltara lo indispensable y ya veremos de qué astucias y artimañas se amañará para burlar a la policía, para la cual la vida azarosa de Perico iba a ser una constante preocupación.

Perico Majada, muy cansado, muy misterioso, llegó al rancho de madrugada y su madre salió a recibirlo con un mate servido. Traía un matute de maletas con latas de tabaco brasilero, varias botellas de cachaza, yerba, dulces y diez paquetes de café, todo acondicionado en una buchona y enjaretada maleta que se denunciaba desde lejos por su fragancia; mal negocio para contrabandistas.

La madre de Perico, al sentir en sus narices el aroma persistente, dijo:

—¡Café! ¡Cuánto tiempo que no lo probábamos! ¿Con qué plata compraste estas cosas tan rebuenazas, m'ijo?

—Un amigazo me prestó cien pesos; me fui a la frontera, y compré esto y también un corte de vestido para usted, mama.

—Mi buen hijo, ya sabía yo que nos ibas a salvar de esta polca.

Aunque el contrabando lo enredaba mucho y lo exponía a peligrosas andanzas con la justicia y con la policía, dejábale sus buenos pesos, proporcionándole la oportunidad de traer desde muy lejos alguna ovejita o cordero como para no ser notada la ausencia en el corral.

Un comisario y dos guardaciviles ya habían rastreado sus pasos de contrabandista sin poderlo identificar, pues él daba lugar a escasa sospecha. Después de una de sus ratereadas, se presentaba en la Comisaría con cualquier pretexto para saludar al Comisario y ponerse a sus órdenes para perseguir a los contrabandistas.

El Comisario, que nunca pescaba un matute, sea por incapacidad y falta de baquía, o por conveniencia de medio y medio, contestaba siempre negativamente a los ofrecimientos de ayuda del pueblo, porque decía —y lo repetía a sus subordinados— que la policía para estas cosas se basta a sí misma.

Perico, en la última corrida que le diera el Comisario, había tenido que dejar un bocoy de caña en un pozo y él se escondió en un chircal toda una tarde y a la noche pudo huir a través de una zanja honda, después de mucho disparar tanto cuanto podía correr su pingo.

Llegó a la media noche al rancho de sus padres, rendido, embarrado y enojado.

Como ya no podía ocultar a su madre que se había convertido en contrabandista, le contó a aquélla cómo lo persiguieron el Comisario y los milicos. Y él, que nunca cargaba

más arma que un facón, desde ese día pensó hacerse de un "bufoso". Cierto es que montaba el mejor pingo del pago, su pingo pangaré; en él saltaba alambrados y zanjas, cruzando por los pajonales llenos de cruceras, recorría montes y llanos matreriando días y noches con la barba que le oscurecía el rostro de tan negra, sin más espejos para mirarse que el de las aguas de los charcos o lagunas.

Un día Perico venía costeando el monte y en la parte angosta de la laguna sintió un chapotear de tarariras. ¡Qué lástima porque, perseguido como iba, no tenía implementos de pesca ni tiempo para pescar !Así fue que siguió la ruta siempre desconfiado y medroso por temor al encuentro con los policías, cuando de pronto sintió los gritos de unos chicos bañándose en la laguna, los que con el calor del mediodía lo hacían a escondidas de sus padres, que acampaban allí cerca en un claro del monte aprovechando la hora del bochorno, cuando la modorra invade los cuerpos. Perico observó con cuidado, extendiendo la mirada por todo el contorno y pronto comprendió el motivo de sus gritos; una niñita estaba en peligro de ahogarse. Entonces, rápido y decidido, olvidando su propia seguridad, se tiró a la laguna sacando a la niña con premura, sin más daño que un susto mayúsculo.

Llegan las madres que no teniendo otra forma de reaccionar ante el accidente, reparten moquetes y arreadorazos entre la gurisada. Los padres saludan a Perico y le agradecen la oportunidad de su pasaje por el monte. Lo invitan al campamento y él receloso acepta, pues se encuentra hambriento y cansado. Teme que la policía le eche el guante, no sin razón.

En aquel sitio, Perico preferiría poner distancia entre él y sus perseguidores, pero pudo más en él la vanidad del bandolero —que ya se creía Perico— y les explica a los monteadores lo que traía entre manos.

Los monteadores, gente pacífica y honrada, se arrepienten de haberle acogido entre ellos, pensando en el compromiso que representa tener por compañía a un contrabandista.

Gente sencilla y de buenos sentimientos, resuelven esconderlo en las carretas en caso de peligro. Ven en Perico el contrabandista de pelo en pecho, capaz de tirotearse con los guardias; lo imaginan poco menos que como el tipo del buen bandido. Tanta es la fama de los contrabandistas que lo suponen un Aquino, cuando Perico es todo lo contrario: un pobre aventurero sin coraje, con la coraza de su audacia como única protección. Alegre corazón, nunca reñía sino por necesidad y nunca ofendía a nadie, ni a nada, porque hasta las flores del campo eran respetadas por él.

Se le podía achacar a lo sumo alguna travesura de muchacho en alguna esquila o yerra, donde sabía gastar bromas a los compañeros, no de muy buen gusto. Le sacaba el banco a un amigo cuando éste se estiraba para tomar un tizón del fogón para prender el pucho, o en el arroyo escondía la ropa de algún descuidado o la anudaba. Y reía de buena gana de sus propias diabluras y ocurrencias, haciendo efectivo el refrán de que quien solo se ríe, sus diabluras recuerda.

Aquellos monteadores que lo acompañaban vivían la soledad de los trabajadores del campo uruguayo, que no teniendo tierras para cultivar ni ganado para criar, se dedicaban a tareas trashumantes. Los monteadores y ladrilleros que talan los montes del Río Negro para fabricar carbón, improvisan un rústico horno para quemar los tepes de barro que cambiarán el oscuro color del barro primitivo por ese color ocre intenso que adquieren cuando la blandura del barro toma una dura consistencia por la acción del fuego. Improvisan, para vivir temporariamente en el monte, ranchos petizos con una altura un poco mayor que la casilla de un perro, de techo bajo como rancho tumbado por una pamperada. Tienen que agacharse para entrar por las puertas de sus primitivas viviendas. Desde lejos se percibe el humito de la improvisada chimenea.

Es la misma soledad de los carpincheros atravesando el Río Negro con sus botes, en una hora tan calma que apenas el rasgar del ala de un pájaro entre las ramas sacude el silencio escondido en las orillas del río, mientras detienen sus

BIBLIOTECA CENTRAL MONTEVIDEO CONSEJO NACIONAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

embarcaciones en una playa plácida y mojada para calentar agua y tomar mate o tirar una lineada a los pejerreyes que alborotan la tranquilidad del agua con el borbollón de sus escamas. Y siguen de largo a la caza de los astutos carpinchos que en cuanto sienten el menor ruido se arrojan con gran estruendo saltando de sus cuevas al agua.

Una vez Perico perseguido por la policía se refugió en los montes del Río Negro; en aquella soledad, llena de ruidos extraños, de pájaros que saltaban de rama en rama; soledad interrumpida por el cortante y agrio grito del chajá, donde los ruidos destemplados se suman a los murmullos del viento; los torrentes chocan contra las piedras, los gajos chirrían y cualquier ruido por pequeño que sea se agranda en el silencio con aire de fantasma en aquella sinfonía de la naturaleza.

Tres guardias lo perseguían y ya le habían perdido el rastro, cuando lo volvieron a encontrar. Perico se inquietaba. Apenas había tenido tiempo para detenerse en alguna aguada para dar de beber a su redomón,que sudoroso por la larga travesía y muy cansado, rendía el máximo de su resistencia. Felizmente para él, el perseguido pudo despistar a los perseguidores y, para no cansar del todo a su caballo, se internó despacio en los abruptos montes buscando el refugio de alguna picada oculta que otros hubieran omitido, pero que a Perico —como buen baquiano— érale familiar con sus escondrijos y emboscadas naturales.

Se había criado a la orilla del monte como quien dice y en su infancia recorrió los matorrales con su padre "Tres Buches", y, como él decía, lo que se aprende en la infancia no se olvida jamás. Los arbustos, espesos y espinosos le cerraban el paso. Perico tomó su facón y llevando el caballo de tiro, empezó a abrirse paso entre los yatahís y los guayabos. Los ñangapirás, de consistencia más dura y los quebrachos de pétrea madera, oponían mayor resistencia al brazo hercúleo, a la palanca musculosa armado con su largo facón. Y aún debía vencer la resistencia de los espinillos y de los

talas que oponían su coraza de espinas que sangraban los brazos del atribulado contrabandista.

Al fin encontró un claro en el monte con una veta de refrescante agua. Mejor no podía presentarse la ocasión. Perico desensilló su caballo y lo maneó debajo de un árbol. Durmió una siesta reconfortante. La necesitaba para reponer fuerzas.

En aquel lugar apartado sentíase aparentemente a salvo de sus perseguidores. Estaba dormitando cuando sintió ruido de caballos que al tranquito se aproximaban a su improvisado campamento.

Perico se sobresaltó. Si la policía había descubierto su rastro se podía considerar perdido. Tranquilizóse al ver un jinete con más aspecto de gaucho montaraz que de paisano —con una larga barba nazarena que no veía navaja desde hacía muchos meses— ,de atuendo andrajoso que impresionó a Perico, acostumbrado como solía a vestirse con pulcritud y un machete imponente que atravesaba sus bigotes por detrás del cinto.

—No se asuste, aparcero, —le dijo el recién llegado—, no se asuste que no soy polecía.

—Para mí es una suerte que no sea polecía como usted dice; porque los melicos me persiguieron tres horas y haciendo gambetas como el avestruz, he podido escapar.

—Esto me complica las cosas, —agregó con gravedad el curioso forastero—; soy perseguido por la polecía por criminoso. No importa. Aquí estamos seguros. Estos montes son míos, los conozco como la palma de mi mano, por eso y por las mentas me llaman "El Rey del Río Negro".

Perico quedó perplejo. Conocía al Rey del Río Negro por su larga fama siniestra, pero nunca imaginó encontrárselo cara a cara. La verdad, el matrero era de aspecto desagradable.

"El Rey del Río Negro" lo trató a Perico de igual a igual, creyéndolo más temible de lo que era. Mucha diferencia mediaba entre el improvisado contrabandista y aquel bandido de verdad, temido por su audacia y su coraje.

Con todo, se sintió un poco molesto con la presencia de Perico. Lo miraba fijamente al parecerle una cara conocida.

—Dígame, don Valiente: yo a usted lo conozco de alguna parte...

El matrero volvió a mirar a Perico y trató de fijar la imagen registrada por su memoria, comparándola con la que se le representaba en su retina.

—Yo a usted lo conozco de alguna parte, —repitió—. Sí señor, de alguna parte...

Perico enmudeció y, muy dificultosamente, balbuceó:

—Vea... señor matre...ro, usted no me conoce. Creo, mejor dicho, estoy seguro que ve mi cara por primera vez.

—Me parece que vos fuiste el que me enredaste con la polecía la última vez que me llevaron preso. Me dijeron que había sido un tipo bajito, retacón y compadrito, que le decían Majada porque se le pegaban siempre los vellones ajenos.

—Mire, don Matrero; majadas deben haber muchos, así como hay muchos corderos, y yo sé que en mi pago a más de uno le llaman majada.

"El Rey del Río Negro" lo miró fijamente, cada vez con más desconfianza. Sus ojos eran filosos y acerados. Su mirada no sólo era fría, inspiraba terror.

Majada contó después a sus amigos que en esa oportunidad supo verdaderamente lo que era tener miedo.

—Mirá Majada, o majadero; te perdono la vida porque no estoy seguro si vos sos vos mesmamente. Los ricuerdos se me turbian y me encontré con tanta gente en mi camino que apenas si sos para mí una sombra confusa. —Y agregó—: y para hacer las paces, calentá agua y cebá mate pa' los dos.

El matrero contó sus hazañas a Perico. Cómo una vez se había tirado con el caballo en un barranco de diez metros de altura, huyendo de la persecución policial, y terminó:

—Y vieras la cara de los polecías, cuando me vieron dir lejos. Ellos que no tuvieron el coraje de largarse por el barranco. Yo los saludaba con el chamberguito... ¿Tú conoces al Coronel Bastarrica?

—Sí, señor, lo conozco de mentas.

—Bueno... una vez este coronel, que se decía muy guapo y era muy degollador, me esperó a la salida del monte montado en su flete. Se acercó para saludarme y me dijo que no venía de parte de la polecía, sino como un buen amigo que quería protegerme. Me alargó la diestra desde su caballo y me dio un tirón bien fuerte como para arrancarme de mi pingo y allí no más degollarme, pues yo ví el facón filoso que sólo esperaba la ocasión para manifestarse. Pero yo le gané de mano y allí mismo lo degollé.

—Murió en su propia ley, —dijo Perico—; el que a hierro mata a hierro muere.

—Y lo curioso, —dijo el matrero, riendo a carcajadas—, es que muchos que no saben que yo lo maté, y me creen a mí muerto, cuentan su propia historia diciendo que él ese día me degolló. Así, andá viendo, Majadita, cómo son las cosas en este mundo y cómo se cuenta la historia.

Perico terminó la cebadura con el Rey del Río Negro y pidió permiso para retirarse.

—Podés irte, no más, te perdono la vida, porque yo no me ensucio en porquerías. Lo degollé al Coronel Bastarrica porque él había degollado a muchos.

Comprendió Perico que se sentía más seguro perseguido por la policía que con el Rey del Río Negro y se alejó al trotecito del monte, ese monte que le había servido de ocasional refugio.

III

Perico gustaba ir de mirón a las esquilas. La esquila es para el trabajador del campo una de las escasas ocasiones —en la monotonía de los días largos— de diversión y entretenimiento. Después de la esquila se baila, se toman copas. Allí llegan de todos los rincones trabajadores trashumantes que vienen a ofrecer su trabajo al estanciero, que amontonando ovejas en el corral las lleva al sacrificio de la lana.

La lana cae al ruido de las tijeras y mientras uno de los peones sujeta a la oveja, el esquilador con pericia de peluquero va cortando el vellón con cuidado y esmero, pues al golpe falso de la tijera el cuero de la oveja se lastima y la sangre brota y se amontona en un ligero hematoma.

Los peones se reúnen después de la faena, alrededor de un fogón de llama acogedora, y luego de comer un plato o dos de mazamorra con poroto, poroto con charqui, o capón guisado, intercambian cuentos y narraciones de aventuras para olvidar la magra pitanza del salario, ganado con el sudor desde la mañana al anochecer. El salario de escasos reales apenas alcanza para vivir mal y el mate, a pesar de la amargura, sabe a dulzor sosteniendo el hambre con su jugo entretenido, pero desnutridor.

Perico se reía de estos apremios; él poco conocía las penurias económicas. Se las arreglaba fácilmente, ya en una esquila, ya en una penca, ya en una partida de taba; le llovían las monedas.

Los esquiladores reunidos en el galpón preparan sus improvisados lechos con el apero, un poncho de verano como manta, el recado de cabecera y algunos sólo tienen un pelego como único colchón. Nadie piensa, ni sueña en un futuro mejor. ¿Para qué? El sol calienta y el campo abierto abunda de aire y luz y hay suficiente espacio para todos los hombres. Nada más quieren. Lo que tienen es lo único que ambicionan.

Acomodado Perico en cuclillas al lado del fogón, escucha los cuentos con atencioso interés. Entre los oyentes hay un negro grande, fornido, criado por los dueños de la estancia, distinguido por los vecinos y hasta querido por los niños: hombre de confianza de la casa.

El negro escucha las narraciones boquiabierto, pero se pone nervioso cuando tratan temas de aparecidos o la historia de algún caso de lobizón.

Cuando le toca el turno cuenta que allá por la revolución de Aparicio había en el regimiento un soldado muy compadre que siempre se daba tono de valiente. En una ocasión mataron una crucera. Los soldados y voluntarios se acostaron después de saborear el rancho. A uno de los soldados se le ocurrió la idea de ponerle al guapo la crucera en la cama. Pensarlo y hacerlo fue todo uno. A la mañana, aprovechando que el centinela dormitaba, le colocaron la crucera en la cama con la cabeza salida por el poncho de bayeta azul y rojo. A la llamada estimulante de la diana —dijo el narrador— nos paramos todos y el alférez indicó formación para revistarnos.

El sol apuntaba en el horizonte como corazón de sandía. Los soldados, enterados de la chuscada que le hicimos al guapo, no podían más de risa. El pobre negro no se pudo levantar al toque de diana. Lo vió el sargento inmovilizado, le ordenó levantarse. Pero él no podía moverse, había enmudecido, le relampagueaban los ojos y tenía una palidez mortal. Señalaba con los ojos y un dedo tieso derecho a la bragueta. El veía la cabeza de la crucera y ni el diablo lo movía. Ya

podían tocar diana y comparecer el Estado Mayor: no daba señales de movimiento.

Entonces el sargento peló el machete y de un certero hachazo le cortó la cabeza a la víbora. Y ahí nó quedó la cosa. Hubo que llevarlo al carro de la enfermería para curarlo de la supuesta mordedura; cuando se repuso del susto y se enteró que la crucera estaba muerta, casi mata a medio escuadrón.

Cuando el narrador se acostó y con satisfacción estiró las piernas quedó duro, lívido, estático al sentir en las plantas de sus calientes pies una cosa fría, blanda, viscosa.

Su perplejidad duró poco. Saltó con gesto felino fuera del catre y agarrando un cabo de azada de los muchos que hay allí apilados, se afirmó con todas sus fuerzas vociferando:

¡Cuidado que hay una crucera en mi cama!

Con el golpe de la azada rompió los tientos del catre, que los utilizaba a manera de elásticos. Un chorro de agua saltó a su alrededor. Levantó las sábanas buscando a la crucera y vió una tripa de vaca llena de agua. Se embravece, grita desaforadamente y avanza hacia uno de los peones, creyéndolo autor de la broma. Los peones ríen. Aparece el amo y todo queda en paz.

¿Quién era el autor de la broma? Perico Majada, que se había hecho el zonzo escuchando la narración de aquellas bromas pesadas, mientras su rápida y fácil imaginación urdió una broma análoga para molestar al narrador y vencerlo con sus propias armas.

IV

¡Cómo se divertía Perico en el pueblo!

Llegó el Carnaval con todas sus farsas, con todas sus locuras. Era su fiesta favorita, su diversión predilecta. Con el Carnaval llegó Perico a Melo con un carro lleno de zapallos. Había recolectado tanto zapallo en cercado ajeno que debió alquilar un carro para llevarlos.

Salió de su casa rumbo a esa capital. Dejó el carro en un cañadón y como anochecía se arrimó a la casa de un vasco que había estado de carneada el mismo día.

El vasco muy generoso lo invitó a cenar, invitación que por atavismo rehusaba pocas veces.

Frente a la troje erguíase un chapado galpón de zinc que servía de despensa y depósito de comestibles. El vasco lo tenía repleto de chorizos, queso de chancho, mortadela y otros embutidos.

En un zarzo de la despensa había queso como para alimentar a una aldea en todo un año.

Un cerdo grande, rollizo, abierto de par en par, colgaba de una viga.

Perico, cuando vio el cerdo tan apetitoso y tentador, resolvió jugarle una pesada broma al vizcaíno. Esperó que se entrara el sol y se silenciara la casa para cargar su carro con carne salada aromada de especias.

Llevaba ya el tercer viaje al carro cuando se le ocurrió cortarle las patas al cerdo. Por desgracia tropieza con unas

latas de kerosene y con el ruido se alborota la gente y salen al patio.

El vasco en lo primero que piensa es en su codiciada despensa y allí se dirige; pero por más que mira y remira nada ve y ni remotamente se le ocurre pensar en su huésped.

Perico se había escondido dentro del cerdo muerto para ocultarse de su dueño. Para que esto ocurriera se necesitaban dos condiciones que se cumplían: que el cerdo fuera muy grande y Perico muy petiso. En esa posición incómoda permaneció largo rato hasta que se volvió a silenciar la casa. Transcurrió una hora y cuando pensó que todos dormían efectuó la última maniobra. Descolgó el cerdo y se lo echó al hombro y como era de baja estatura, pero fuerte, pudo realizar con éxito la inaudita hazaña. ¡El vasco nunca supo quén con tanta audacia le había robado un cerdo tan grande!

Como llegase en día sábado a Melo, y no pudo vender su carga, resolvió alquilar una pieza; mientras tanto trataba de vender los zapallos y se divertía en los tres días de carnestolenda con farras, bailes y jugarretas. Caballo y carro quedaron en el patio de la casa y él marchó a una tienda a comprar un disfraz. Le ofrecieron uno de diablo, de color rojo y blanco, y como no había otro, lo compró.

Volvió a la pieza y se acostó a sestear. ¿Qué otra cosa podía hacer nuestro héroe en un día caluroso y vísperas de carnaval?

Por la noche se disfrazó y se marchó al corso. Bailó tanto, repartió tanto papelito y serpentinas, mojando tanto dinamismo en cañas y otros bebistrajos que no se podía tener en pie.

En esa incansable exhibición coreográfica ganó el título de Perico el bailarín, Periquete el danzarín o Periquillo el saltarín, como modestamente le llamaron desde ese día.

Regresó a los dos de la mañana a su improvisada vivienda llena de zapallos, y como no se había provisto de velas, y menos de sábanas, se acostó a oscuras teniendo como única cama los rugosos e incómodos zapallos. Lanzarote había dormido en duras peñas, Don Quijote por imitarlo en camas de pasto; Perico Majada, encima de tortuosos zapallos.

En un extremo del cuarto yacían unos cojinillos que en otra era fueron más peludos, los que para el caso le sirvieron de colchón, y como no tenía ni perchas, ni sillas donde colgar la ropa se durmió vestido de diablo, de un solo tirón, hasta la tarde del día domingo.

¡Hacía la figura más graciosa que imaginarse puede! Al fin y al cabo era Carnaval. Y así vivió tres días disfrazado de diablo.

Una de las habilidades de Perico era ser buen cazador. Salía de excursión en las madrugadas claras del verano y no necesitaba por cierto escopeta, ni chumbos. La cimbra y el perro husmeador eran sus aparejos favoritos. Recorría las chacras en busca de alguna liebre o perdiz que siempre duermen entre los rastrojos después de las cosechas de maíz o de boniato. Perico gustaba mucho de la perdiz o de la liebre, que siendo fáciles de cazar dan siempre comida sin dispensa al pobre.

Como buen cazador que era, andaba siempre armando cimbras y trampas para cazar perdices y perdigones. Cuando aparecía algún caballo del vecino con la cola rabonada era seguro que Perico tenía docenas de cerdas para las cimbras. Por varas de mimbre no tenía que amañarse mucho para conseguirlas, pues los bañados son generosos y abundan en las orillas los mimbrerales, y cuando se disponía a fabricar cimbras, llevado por el entusiasmo de la caza, no olvidaba manipulear el generoso material para fabricar algún canasto para su madre. ¡En este aspecto era un buen hijo!

Otro de sus deportes favoritos era preparar algún parejero para ganar plata en las carreras.

Los domingos, desde temprano, hormigueaban los paisanos bien aperados, con sus fletes escarceadores, endomingados con las mejores prendas de vestir: unas buenas bomba-

chas de negro brin o de alpaca, botas charoladas con caño acordeón, un buen pañuelo de seda o un ponchito de verano que ondeaba al aire y un cinto ancho como barriguera de potro para llenarlo de monedas.

No todos visten así. Esta es la vestimenta de los ricos que son los apostadores; los pobres van de mirones, sin plata para apostar y con las bombachas desflecadas y un chambergo agujereado como si las balas lo hubieran perforado en la revolución.

Allí entre la gente que remolinea en los andariveles, anda culebreando Perico Majada con las apuestas al zaino que cuidó durante tanto tiempo y de seguro ganará la carrera porque la suerte y las mañas están de parte de Perico, que se ufana en decir que él da luz a cualquier pingo de la redonda, que con su zaino gana siempre.

El día de la fiesta hípica, "Tres Buches", valiéndose de medios misteriosos e ignorados, bolsillea un par de pesos cambiados en monedas de diez centésimos —que él reservaba para los vicios— producto tal vez de economías o de alguna afortunada partida de truco.

Los tenía escondidos en una lata de cocoa, tesoro ignorado que ni Perico ni la familia jamás encontrarían, ocultando el sitio del escondrijo como si se tratara del tesoro de un pirata. "Tres Buches" apostaba pequeñas cantidades al pingo de su hijo y cuando la marea subía para Perico, favorecía también al padre.

Mientras el marcador no gritaba el: ¡Larguen!, "Tres Buches", que no recorría por excepción por ser día domingo y de carreras, cocinas ajenas, calentaba tortas fritas en un viejo sartén para que las vendiera algún gurí del vecindario o jugaba como entremés alguna partidita de taba, arriesgando algunos pocos reales con el fin de aumentar el capital para las apuestas.

V

Perico después de muchas aventuras resolvió salir a recorrer mundo en busca de nuevos horizontes para sus tropelías, porque ya estaba por demás conocido en sus pagos. Siente el desasosiego de recorrer nuevos caminos buscando aventuras, no con el ánimo desinteresado de Don Quijote porque nada tenía de idealista, sino como un Guzmán o un Marcos. Perico se preparó para su primera salida de aventurero foráneo.

No cambió su nombre de pila por otro menos sospechoso, y no agregó a su nombre el del lugar de su nacimiento para tranquilizar a su pago, para no celebrizarlo demasiadamente con sus hazañas. Cepilló cuidadosamente a su flete, al que lo notó un poco crespo y desmejorado y después de lustrarlo lo hizo errar al pasar por el pueblo y para su apero compró una brillante cabezada, adornos para el cabestro y estribos nuevos.

Siempre rumbo hacia el norte se internó Perico en el Brasil por Aceguá y cabalgando llegó a otros pueblos. Conoció ciudades, aldeas y despoblados; trató con gente de pelo en pecho, con amigos de lo ajeno en los pueblos, y en el campo con gentes capaces de voltear un toro y domar al potro más corcobiador; con hombres que dominaban a otros con yuyitos, con una oración o una reliquia, que usaban conjuros tan poderosos como para seducir a la mujer ajena por impo-

sible que parezca y entre tabas, pencas y guitarras, transcurrieron dieciocho meses.

Conoció Perico, en Bagé, a un brujo o mago que se decía experto en toda clase de supercherías, al que llamaban Don Rubí, por llevar siempre en el anular un gran anillo bañado en oro con un grande y rojo rubí. Se había iniciado como vendedor ambulante, con una mesita portátil, un fez rojo como ornamento de la cabeza y un saco amarillo. El decía que con los colores ya mareaba a la gente.

Vendía un específico que servía lo mismo para los males de pecho, para el dolor de cabeza o los cólicos miserere. Después se instaló con un saloncito en Bagé, dando consultas de astrología, pronósticos para la preñez, tirando las cartas. Sus ciencias ocultas comprendían tanto la quiromancia como la cartomancia.

Un día, Perico Majada conversaba con Don Rubí cuando cruzó la calzada una hermosa mujer.

—Gosta, preguntó el brujo a Perico.

—Ya lo creo, pero es imposible conquistarla; esa mujer no cede ni al diablo en persona.

—Apostamos a que eu procuro que ela atenda meus carinhos.

—Bueno, —dijo Perico—, apostamos su anillo del rubí, que es su joya más preciada. Si usted pierde, yo me quedo con su rubí; si gana, le daré esta argolla de lata porque no tengo otra cosa.

El éxito de la brujería radicada en que la esquiva moza se rindiera al hechicero al conseguir que ella aspirase el perfume de una flor mágica; si la primera prueba fracasaba debía recurrirse a una prueba de magia simpática, de resultado inmediato si se pudiera conseguir una pieza de ropa interior que le perteneciera.

Perico, que no ignoraba tales supercherías pero que no era tan crédulo, se reía para sus adentros de los artilugios del hechicero. Llegó el primer día de la prueba y el "feiticeiro" envió la flor a la presumida con un chico que le sirvió de mensajero. Perico se quedó espiando en una casa de

enfrente. Recibir la flor con la mano derecha era señal que ya empezaba a ser dominada, pero con la izquierda y sin aspirarla, demostraba la ineficacia de la brujería.

Ambos observaban los movimientos del chico que hace de mensajero y no bien extiende la mujer la mano para tomar la flor la arroja al suelo. La primera prueba había fracasado. Perico que era hombre de iniciativas, salta por un muro y se cuela en el patio de la casa.

Era uno de esos patios característicos de las casas de pueblo: cuerdas para tender ropa lo atravesaban de lado a lado y unas prendas mojadas hinchándose con el viento parecían las velas de una chalana. Un aljibe de ladrillos revocados y pintado de amarillo, con su redondo brocal, impregnaba de frescura el cálido patio y no faltaba un pajarito cantor, una calandria o un cardenal, que desde la mañana alegrara el patio con sus gorjeos y aún un perro manso echado perezosamente en el suelo, soportando resignadamente el calor. Perico echa unos polvitos en el frasco que le diera el brujo.

Sale tan tranquilo, después de haber quedado un buen rato esperando, pero no siente la cadena, ni el ruido del balde del aljibe. Fracasa la nueva prueba.

Poco después el gualichero le vendió a la causante de sus desvelos una docena de aromáticos duraznos. Ella, como no lo conocía, compró la fruta pero no la pudo probar porque ese día sufrió un terrible dolor de muelas que le impedía masticar, y cuando quiso probar los duraznos ya estaban en mal estado.

Nuevamente intervino Perico. Se interna en el patio y sustrae un viso colgado en la cuerda del patio. Habían varias piezas colgadas. Perico eligió una imaginando que era de la joven y se la llevó al mago. No supo Perico qué brujería practicó Don Rubí con el viso robado.

Perico ya sentíase desengañado, incrédulo, pese a su crédulo temperamento de campesino criado en esas falsas creencias. No fue así sin embargo. No se sabe —ni se supo nunca—, lo que sucedió entre él y ella; pero sí que la arisca

paloma voló con el constante y pertinaz gavilán, tan ladino y amigo de las ciencias ocultas.

Fue una verdadera sorpresa para Perico el día en que se presentó el mago reclamando el anillo. Entonces se convenció con sus propios ojos que la moza se había marchado con él. Perdió la joya en buena ley. De hoy en adelante creerá en brujos. De todos modos él mismo ayudó al gualichero a ganarse un anillo.

VI

Una vez Perico se hizo pasar por un estanciero venido a menos.

Se encontraba entonces en una población con características especiales, pues no tenía magnitud para ser pueblo y no dejaba por eso de ser aldea, en el cual abundaban los comerciantes y ganaderos.

Escaso de plata, pero bien vestido, paseaba montado en un caballo brioso y brilloso por las calles de la población. Se hospedó en un hotel de mediana categoría de acuerdo a su bolsillo y que a la vez le permitía, por las vinculaciones del hotelero, enterarse de vida y milagros de todo el pueblo. Para obtener recursos pecuniarios resuelve dedicarse a su deporte favorito: el juego de cartas. Perico recordaba los versos de "Martín Fierro" y pensaba ponerlos en práctica:

"Al monte, las precauciones
no han de olvidarse jamás.
Debe afinarse además
los dedos para el trabajo
y buscar asiento bajo
que le dé la luz de atrás.
Pa' tayar, tome la luz
de la sombra al adversario
acomódese al contrario.
En todo juego cartiao
tener ojo ejercitao
es siempre muy necesario".

La "timba" tenía el aspecto sombrío de las casas de los juegos de azar de los puebluchos del interior. Una lámpara taciturna alumbraba con luz verde y gangosa las cabezas de los jugadores y hacía más sombríos los rostros. El mazo de naipes mugriento y muy comido por el uso, se desplomaba en las manos del tallador.

Perico no llevaba más compañía monetaria que su buena suerte. Copó la banca con un fajo de billetes simulados. El banquero le vio el fajo en la mano y lo creyó abundante en cientos de pesos. En verdad no tenía nada más que un papel oscuro del color de los billetes. Muy nervioso y apremiado mostró el fajo y remató la abultada banca. Los tahures mostraron en sus rostros gestos de preocupación ante la audacia de Perico y no se percataron, con la luz atenuada y la distracción propia de una intensa atención del truco del fingido estanciero.

Aceptó el tallador la oferta. Perico muy seriamente se atusó el bigote y tapó con sus cortas y gruesas manos el simulado fajo.

—¿Cuánto?...

—Novecientos.

—Van.

—Copo.

—No es preciso contar, está bien; dijo el banquero. Cinco de copa y siete de oro.

—Soy siete, dijo Perico.

Es grande y palpitante la espera:

—Soy siete, —repite, Perico, nervioso, pero interiormente está calculando la distancia que media hasta la puerta para la disparada.

La emoción es unánime. El tallador está nervioso. Perico ve asomar una perica, manifestando su satisfacción:

—Yo soy siete, —repite Perico—, y ya viene...

—¡Bravo! ¡Aquí está mi siete de copas!

Las apuestas son arrimadas a Perico que mezcla y revuelve los billetes y montones de libras, y sonríe con todos aunque no todos tienen ganas de reir. Continúa el juego. El

guarda el simulado fajo y algunos más de los que ganó que engrosa ahora el falso fajo, que ya no lo era tanto.

¡Desde ese momento era rico! Pero pensaba para su capote: ¡Qué salvada! Si les da por contar la oferta para igualar la banca, lo ensartaban.

Siguió jugando un par de horas más embebido en el juego. En cuatro oportunidades perdió, pero en veinte ganó. Así se hizo rico en ese día que él llamó su día de suerte, que en realidad fue su noche.

BIBLIOTECA CENTRAL Y DEPARTAMENTAL DE ENSEÑANZA SECUNDARIA MONTEVIDEO

VII

Salió Perico del garito, acompañado de dos estancieros que vivían en el pueblo. Hablaban de la timba y Perico se hacía el acostumbrado a tener plata en abundancia. Muy displicente, pero al mismo tiempo sintiendo un calor delicioso y desacostumbrado junto a su vientre, el fajo engrosado y el delicioso peso de las tintineantes libras lo hacían inmensamente feliz.

Los estancieros admirados de su suerte y aplomo le ofrecieron su amistad.

Perico muy circunspecto aceptó y ofreció su persona y su casa para lo que gustaran, poniéndose a las órdenes.

¡Quién me ha visto y quién me ve!, pensaba Perico para sus adentros al enterarse que el más gordo de sus amigos era un hacendado riquísimo y el otro tenía un comercio en máquinas y de otras cosas de mucho valor. Perico sentíase tan posesionado de su papel de rico que ya se consideraba íntimo amigo de aquellos estancieros que jugaban una que otra vez por pasatiempo y sin vicio.

Perico no era un jugador profesional, un fullero, un malandrín, al jugarse la plata que no tenía vive una de las tantas aventuras de su azarosa vida.

De vuelta al hotel se encierra en su pieza, tranca la puerta por temor de algún descuidista y se frota las manos a la luz de la lámpara y comienza a sacar plata y más plata. En todos los bolsillos tiene billetes grandes, el fajo está más gor-

do que nunca. ¡Hoy todo es realidad! Cuenta y recuenta su dinero. ¡Tiene más de tres mil pesos! Peló a todo el mundo en el garito. Por las dudas, empieza a empacar sus petates. Hay que abrir las rajadas, es un viejo refrán de la familia.

Llega al hotel un chasque del estanciero invitándolo a almorzar en su casa. Perico desde temprano comienza a acicalarse: se mira al espejo, se atusa el bigotito, lustra las botas y se limpia el polvo del chamberguito cantor.

La invitación para el almuerzo le viene de perilla. Mata dos pájaros de un tiro: traba relaciones con gente rica y se aleja a tiempo del peligro de que lo descubran. Quién sabe, si mañana, alguno de sus conocidos que por casualidad pasa por allí, no murmura cualquier cosa: que no tenía plata, que carneaba vacas ajenas, que se dedicaba al contrabando... ¡En fin, algo que lo rozara en su delicadeza! ¡La gente es tan desconfiada!

Antes de salir, le dice al hotelero:

—Voy por negocios al establecimiento de un gran amigo mío. Posiblemente me instale por estos pagos. Soy hombre de fortuna y me gusta mover el dinero de un negocio a otro. Siempre hay más interés y emoción en cambiar. Cóbrese mi cuentita.

¡El hotelero abrió tamaños ojos! Se ha dado un gran susto; tanta plata! No tiene cambio. Total son dos semanas solamente. Perico había sacado del bolsillo unos cuantos billetes, así, a la ligera, con indiferencia, asombrando al azorado hotelero.

Llega el estanciero al hotel montado en un lindo pingo y lo ve pronto y dispuesto a Perico para acompañarlo. Mientras van al trotecido hacia la estancia, el estanciero le cuenta que la familia se había ido para la estancia el día de su aventura en el garito y él había quedado en el pueblo para una venta de ganado que realizó ese mismo día, estando libre esa noche y muy aburrido, quiso distraerse, y agregó:

—Sí, perdí unos cuantos miles que no me importan. Gané más de cien mil con la venta del ganado. Le voy a ser franco: nunca juego tanto, pero me calentó la oportunidad.

—Yo tampoco, no acostumbro —dijo muy serio Perico—, pero estaba en mi día y aproveché la buena racha. ¿No le parece?

—Sí, hizo muy bien.

Perico y el estanciero marchando al trotecito de sus caballejos, ya lejos del pueblo traspasaron la zona de peligro. Charlan de todo. Perico fanfarronea de lo lindo. En los campos de su padre hacía y deshacía. Habla tanto y tan seguro de lo que dice, que se convence a sí mismo y se asombra de sus palabras y también convence al estanciero de haber hecho una amistad providencial con otro estanciero tan poderoso como él.

El ocasional amigo de Perico era un estanciero cerrado para todo lo que no fuera ganados y pasturas, algo así como un bruto con plata. La dueña de casa le presenta a Perico a dos hijas señoritas, a cual más desaliñadas, con turbios pañuelos en la cabeza, cabalgando zuecos, rosadas de cara y vendiendo salud.

La madre se sienta en el extremo de la mesa y el patrón ocupa la cabecera. En el comedor hay un gran mueble tapado con cortinas. Perico observa que es un ropero con una gran luna. Tapan el espejo para no lavarlo. Las moscas vuelan hambrientas y sucias. La mesa se rodea de perros y gatos al olor de la comida.

Y cuando llega el momento solemne de las libaciones, el dueño de casa destapa una sopera con un humeante y suculento guiso de porotos y charqui muy condimentado.

De los gatos que runrunean por el comedor uno de ellos molesta al amo. Este lo toma del lomo y le acomoda tamaño cucharazo en la cabeza, reniega un poco y sigue comiendo con toda tranquilidad sin limpiar la cuchara.

Las mozas se sienten algo cohibidas; pero Perico interpreta como afortunado augurio que una de las mozas, la menor, lo mira de soslayo queriendo disimular la curiosidad. ¡Son tan escasos los mozos que frecuentan la casa!

No ven más mozos que a los peones de la estancia pero sus padres pretenden un nivel más elevado para ellas. Pocas son las oportunidades en que cae un forastero y es como pájaro extraño. Las idas al pueblo y las fiestas, escasean. Además, el padre es muy celoso y como es rico no quiere exponerlas a que aparezcan gavilanes al olor del dinero.

Perico agradó a todos. Le fue ofrecida la casa y prometió volver, y se fue haciendo ojito a las damiselas y arrumacos a la dueña de casa. Se ganó, como de costumbre, el lado de las casas.

Perico se aleja de la estancia del afortunado estanciero y ya casi familiar. Perico le dice que por ahora no le hará compañía; tiene que tratar importantes asuntos en otro lugar y como se trata de empresas difíciles y arriesgadas no puede confiarlas a otra persona.

—Bueno, pero tiene que volver.

A los pocos días vuelve Perico a la casa del estanciero. Ese día se encuentra de visita uno de los hacendados más ricos del lugar. Don Rosendo era uno de esos brutos que no saben cuantas leguas de campo poseen: han perdido la memoria.

Era un negro oriundo del Brasil. Lo admitían en la casa y lo sentaban en la mesa porque tiene mucha plata, mucha plata. Sin plata no hubiera pasado de la cocina. Como tiene mucha plata hasta para mejorar la hacienda y doblar la fortuna, lo admitirían en la familia. Por el color de la piel ya no es negro, es apenas morocho.

Pero él se sentaba a la mesa. Y como sabía del valor de su dinero, cada vez que lo convidaban, decía:

—Sentate meu dinheiro.

Don Rosendo había conocido a una familia de apellido Domínguez, que él creía eran parientes de Perico.

—Voce no e filho de don Joseph Domínguez e de donna María, que no me lembro de su apelativo.

—Está equivocado, —contestó Perico.— Yo no conozco ni de nombre a esa gente.

Perico temía ser descubierto en su verdadera identidad. Su orgullo de falso estanciero se venía abajo. A Perico, si lo descubrían, caía en lo que era: contrabandista, embaucador y fanfarrón. En cambio, con sus hazañas de jugador y sus engaños de hábil simulador, se había creado una falsa imagen de estanciero, que le permitía tratar de igual a igual a aquella gente platinuda.

—Nao, —arguyó el brasilero,— eu estou seguro de que falo, voce e filho de seu pae.

Perico sudaba, se revolvía en el asiento y no podía disimular su contrariedad. Pero, muy suelto de cuerpo replicó:

—Indudablemente que hijo de mi padre soy.

Cambió de tema el estanciero negro y la reunión terminó con la misma cordialidad con que había empezado, disipada la breve tormenta.

En la estancia servía una chinita muy bonita, que le gustó mucho a Perico desde el primer día que la vio. Pudo hablarle a escondidas y ya había conseguido salir de paseo con ella; para eso era un águila.

Contrastaba la belleza de María, sin aliños de ninguna clase, con las hijas del estanciero que eran feas como peludiar en un camino, de noche y en día lluvioso.

La dueña de casa sentíase contenta con las visitas de Perico, cada vez más frecuentes. Veía en él a un candidato especial para sus hijas. Era joven, al parecer platudo, no mal visto ni peor mirado, buen mozo aunque petizón y conversador y ameno como pocos.

Comparado con los paisanos que caían a la estancia —troperos, peones y algún estanciero de paso— Perico era una luz.

Un día Perico anunció la visita para una petición de

mano. Escribió una esquelita con términos muy comedidos dirigida a la dueña de casa, anunciándole el propósito de contraer casamiento, si bien la misiva no especificaba con quien.

La dueña de casa presumió con justa razón que sería por una de sus hijas. Perico había cortejado a la mayor: la menos fea. De modo que se preparó ese día la agraciada con sus mejores prendas. Los dueños de la estancia echaron la casa por la venta. Mandaron comprar al boliche una botella de caña, hicieron tortas fritas y prepararon un buen amargo.

Perico cayó a la estancia de tardecita.

Venía mejorado en sus prendas más nuevas y con unas botas que relucían como espejo.

Se adelantó la señora a saludarlo, diciéndole cariñosamente:

—Querido Perico, ya sabíamos que quedarías en la casa. ¿Cuál de las dos es tu preferida? La mayor, ¿verdad? Yo aprecié que siempre distinguiste a la mayor ¿verdad?

—Exactamente, de sus hijas me gusta la mayor, pero para amiga. Yo vengo a pedir la mano de la María, la conchabada, la peoncita. La María si usted me la da...

Perico salió corrido de la estancia. Nunca más volvió a aquel pago. Y así terminaron sus aventuras.

Florianópolis, Santa Catalina. 1960 - 1961.

Este libro se terminó de imprimir
el día 9 de Noviembre de 1962
en los Talleres Gráficos
Gaceta Comercial,
P. Independencia 717,
Montevideo,
Uruguay.